

los juegos olímpicos

ENTRO de pocos días, en Roma, se va a decidir la sede de los Juegos olímpicos de 1972.

Como ustedes saben, Montreal, Munich y Madrid aspiran al honor de la designación. El detalle curioso de que las tres ciudades aspirantes tengan la misma letra inicial, es lo de menos. Hay una dura pugna establecida y, si en otras ocasiones la decisión se conocía de antemano, ahora la incertidumbre de lo que van a hacer los miembros del Congreso Olímpico es evidente.

Los alcaldes de Múnich y Montreal han realizado largos periplos en los últimos tiempos, visitando las más importantes capitales del mundo en una misión de buena voluntad y, sobre todo, de captación de votos. El primer magistrado de Montreal —ciudad que organizará también para 1972 una Exposición Mundial— ha hecho un buen trabajo y se explica su optimismo, aunque el hecho de que la Olimpiada de 1968 se celebre en Ciudad de México, es decir en el mismo Continente americano, resta no pocas posibilidades a la bella ciudad del Canadá francés.

Por ser Olimpia, en Grecia, la cuna de los Juegos y por ser Pierre de Coubertin, un francés, el renovador de las justas deportivas helenas, Europa ha gozado siempre de privilegios especiales en el aspecto organizador. De las 15 Olimpiadas hasta ahora celebradas, once han tenido cobijo en el Viejo Continente y sólo cuatro (San Luis, Los Angeles, Melbourne y Tokio) fuera de él.

Puede calificarse ya de excepcional el que dos Olimpiadas consecutivas vayan fuera de Europa. Tokio 1964; Ciudad de México, en 1968. Por ello hay que pensar que en Roma se escogerá a Munich o a Madrid.

Si Munich tiene divididas las simpatías de los miembros del C.I.O. —los Juegos de Berlín de 1936, perfectos en su organización pero contaminados por la lucha racial que impidió a Hitler estrechar la mano de Jessie Owens, el más grande campeón de todos los tiempos, pesan todavía con recuerdos dolorosos—, Madrid tiene divididas las opiniones de los propios españoles.

Sobre esto se ha escrito bastante en las pasadas semanas. ¿Puede Madrid —España— organizar unos Juegos Olímpicos en 1972? La respuesta es sí. Pero si se pregunta si DEBE organizarlos, el cantar va es otro.

Naturalmente, la celebración de unos Juegos Olímpicos en nuestro país constituiría un honor y además la posibilidad de prestigiar nuestra capacidad organizadora. No creemos que, llegado el caso, nadie les vuelva la espalda ni renuncie a aportar su grano de arena al éxito del mayor acontecimiento deportivo que se puede dar en el mundo. Ahora bien, se arguye, y no sin razones poderosas, que España tiene preocupaciones y problemas más urgentes que resolver y que la cifra de 15.000 millones de pesetas, calculada para los Juegos, puede ser invertida en funciones sociales y colectivas de mayor importancia.

Nuestra ilusión de aficionados e incluso nuestra gran alegría por albergar ese sueño dorado que es una Olimpiada, no debe hacernos olvidar la realidad incompleta de un país en un floreciente y progresivo desarrollo del que todos nos sentimos justamente orgullosos. De ahí, que pensemos sinceramente, ahogando nuestros más caros impulsos deportivos, que esos Juegos llegan demasiado pronto para España. Lo ideal sería mantener una "opción" para celebrarlos en un período posterior.

No es esto censura alguna al alcalde de Madrid o a la Delegación Nacional de Deportes, que han obrado siguiendo unos impulsos fáciles de comprender y admirables desde un prisma exclusivamente deportivo. Pero cuando en España faltan autopistas, viviendas y mejoras de otra índole, parece duro, por no decir injusto, sacrificar a los deseos de una minoría —entre la cual nos contamos— las naturales apetencias de la generalidad de la Nación.

Ocurre, sin embargo, que la candidatura española está presentada. Y que no puede correrse el riesgo —so pena de entrar en el ridículo— de retirarla. Creemos, repetimos, que España no debe celebrar esa Olimpiada de 1972. Pero si en Roma se decide que sí, entonces habrá que dar carpetazo a criterios particulares, y demostrar que todos, absolutamente todos, compartimos la responsabilidad contraída, para hacer a nuestro país digno de la alta misión que le es confiada.

J. J. CASTILLO



CESAR IMPERATOR

Signature

COLONIA - MASAJE - JABON 3 Productos que dejan huella!

